La extranjería como método

Dunia Gras

Universitat de Barcelona

En las últimas décadas, el estudio de las literaturas migrantes ha experimentado un auge sostenido, no solo en el ámbito hispanoamericano, sino en el conjunto de los estudios culturales globales, marcados por una mirada poscolonial que, paulatinamente, ha mostrado la necesidad de plantearse ir más allá, con aproximaciones desde la decolonialidad, por un lado, y desde la perspectiva de género, por otro. Gran parte de las investigaciones se centraron en los ejes temáticos de la migración, el desarraigo, la nostalgia o la identidad fragmentada para pensar la diáspora latinoamericana en Europa y Estados Unidos, desde distintas experiencias de movilidad y desplazamiento. Estas mostraban, especialmente, el significativo cambio de la preponderante experiencia exílica de la segunda mitad del siglo xx a la construcción de un "paradigma de la literatura migrante" (cf. Mardorossian 2002) en el xxi, marcado por la reivindicación de la agencia a través del activismo.

En el ámbito hispanohablante, las investigaciones se han centrado, en buena medida, en la todavía pendiente reconstrucción de genealogías de escritoras desde una perspectiva histórica y sociológica, en las que la experiencia del desplazamiento, la movilidad o la migración han jugado un papel importante en sus trayectorias y producción literarias. También se han desarrollado cartografías críticas sobre redes de autoras latinoamericanas en el exterior con enfoques que han contribuido a visibilizar, de forma específica, la complejidad de la experiencia migrante, y a mostrar cómo los vínculos entre ellas —no solo en torno a afinidades literarias, sino, sobre todo, ideológicas— crean espacios de pertenencia, aunque sean virtuales. Sin embargo, en muchos casos, estos abordajes han dejado intactas las estructuras disciplinarias que organizan los estudios literarios, en general, y que afectan, en particular —de forma más o menos consciente—, a las escritoras que se hallan en esa situación de extranjería. Aunque, paralelamente, han aparecido también propuestas más radicales, sobre todo desde la teoría feminista interseccional, que buscan pensar la extranjería como

categoría epistemológica. Estas propuestas siguen, en buena medida, el camino trazado por Gloria Anzaldúa (1987), al que se han unido otras que continúan ofreciendo herramientas fundamentales para pensar la escritura migrante como práctica de ruptura, desplazamiento y disidencia, como puede ser el caso de Rita Segato (2007, 2016), al abordar las violencias epistémicas en contextos migrantes, o el de Sara Ahmed (2000, 2019), al indagar cómo las emociones se entrelazan en las experiencias migratorias, desafiando las nociones tradicionales de identidad y pertenencia, o también el de Chandra Talpade Mohanty (2003), al advertir de los peligros de la mirada reduccionista sobre las mujeres migrantes e incidir en la importancia de reconocer su agencia, su capacidad de acción y la necesaria heterogeneidad en su representación.

Este volumen da continuidad y expansión a una línea de investigación crítica desarrollada en *Condición de extranjería. Exocrítica y estéticas migrantes. Escritoras latinoamericanas en el Norte Global I* (Iberoamericana/Vervuert, 2024) y también en *Constelaciones y redes literarias de escritoras latinoamericanas actuales, entre América y Europa* (Peter Lang, 2024). En ambas publicaciones se trazaron cartografías tentativas sobre las escrituras de mujeres latinoamericanas que viven y producen en el Norte Global, al abordar un *corpus* emergente multiforme —transnacional, fragmentario y heterogéneo— y en desarrollo constante, casi exponencial. Aquellas primeras propuestas pusieron en circulación conceptos clave como *exocrítica* y *estéticas migrantes*, por un lado, y retomaron la imagen benjaminiana de la *constelación*, por otro, que han permitido nombrar formas de escritura que desbordan el canon nacional, las jerarquías genéricas, las taxonomías disciplinares y las fronteras lingüísticas convencionales. En este sentido, ponían de manifiesto la necesidad de marcos analíticos propios, capaces de acompañar los desplazamientos formales, lingüísticos y políticos presentes en las obras de las autoras consideradas.

Una genealogía crítica: hacia una lectura situada de la extranjería

La noción de *exocrítica* se plantea como una intervención conceptual que busca descentrar las prácticas de lectura dominantes, en especial aquellas que se construyen desde marcos hegemónicos, nacionalistas o extractivistas. A diferencia de la crítica tradicional que tiende a codificar las escrituras migrantes como documentos sociológicos, testimonios de trauma o representaciones culturales de una otredad asimilable, la exocrítica propone una lectura desde el borde: una lectura que se deja afectar, que escucha, que se descentra. Inspirada en teorías poscoloniales, feministas y desobedientes, la exocrítica no aspira a una síntesis interpretativa, sino a una práctica política de acompañamiento.

Su genealogía remite tanto a prácticas intelectuales del Sur Global como a movimientos de lectura contrahegemónicos en contextos euro-norteamericanos. En el pensamiento de la ya citada Gloria Anzaldúa, presente en su fundacional *Borderlands/La frontera. The New Mestiza* (1987) y, particularmente, en su concepto de la frontera como *herida abierta*, se encuentra una clave para comprender cómo las escrituras migrantes producen saberes desde el umbral, siempre atravesados, siempre cruzados. De manera afín, la noción de *conocimiento situado,* que desarrolla Donna Haraway en *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza* (1995) —y que sugiere un diálogo con la idea del lugar de enunciación de Mignolo[1] (2007)—, ofrece una metodología crítica que desestabiliza la objetividad abstracta en favor de una mirada encarnada, parcial, pero responsable. La exocrítica, entonces, no es solo una categoría de análisis, sino una praxis de lectura comprometida con el descentramiento, con la extranjería como método. En lugar de domesticar los textos migrantes mediante marcos analíticos estandarizados —por ejemplo, los estudios sobre diáspora, interculturalidad o literatura poscolonial—, la exocrítica se instala en el entre-lugar: ni dentro ni fuera, ni aquí ni allá. Lee con incomodidad, con lentitud, con atención a los silencios. Esta crítica errante se pregunta qué puede la literatura migrante, qué puede el lenguaje desde el desarraigo, qué se escribe cuando se escribe desde la extranjería.

Complementariamente, el concepto de *estéticas migrantes* —en plural, dada su diversidad— no se limita a designar un conjunto de obras que tematizan la experiencia del exilio o la migración. Más allá del contenido, lo que está en juego es una forma de hacer, un gesto formal que encarna el desplazamiento. Como ha señalado Nicolas Bourriaud (2009) al hablar del arte *radicante*, se trata de poéticas que no se enraízan en una sola tradición, sino que se mueven, que injertan, que recombinan lenguajes y formas. En el contexto de la literatura escrita por mujeres latinoamericanas en el Norte Global, estas estéticas se manifiestan en la hibridez lingüística, en la impureza genérica, en la experimentación con estructuras fragmentarias, en la circulación alternativa de sus textos. Por tanto, las estéticas migrantes

[1] Aunque distintos, comparten una crítica a la epistemología occidental y una apuesta por perspectivas subalternas. Haraway destaca que todo conocimiento es parcial y contextual, no neutral, y que los puntos de vista no son arbitrarios, sino que se construyen desde un lugar específico, por lo que enfatiza la importancia de reconocer y explicitar este lugar. Mignolo, por su parte, con la noción de *lugar de enunciación*, enfatiza la importancia del contexto sociopolítico e histórico desde el cual se produce el conocimiento, especialmente cuando se trata de sujetos colonizados o marginados, para visibilizar y valorar el conocimiento local y las perspectivas subalternizadas. En esencia, el diálogo entre ambos se basa en la crítica a la pretensión de neutralidad de la ciencia occidental y en la importancia de reconocer la subjetividad y el contexto social del conocimiento. De este modo, coinciden en la necesidad de descolonizar el conocimiento para incluir discursos silenciados.

no son solo un estilo, sino una política del lenguaje, y una descolonización del mismo (cf. De Souza 2016), tal y como se ha desarrollado en otra publicación anterior, "Cartografías críticas desde el margen: extranjería, género y estéticas/poéticas migrantes" (cf. Gras, Martínez y Pleitez 2025).

Asimismo, la imagen de la constelación —deudora del pensamiento de Walter Benjamin, pero también de la refiguración que plantea Graciela Speranza (2012, 2017)— se muestra como metáfora productiva para articular las interrelaciones entre autoras, textos, experiencias y territorios, en un panorama literario cada vez más globalizado, transnacional y digital. Lejos de organizar un canon cerrado, las autoras postulan una cartografía abierta, dinámica y múltiple, que refleja las complejidades del presente literario latinoamericano, particularmente en su diáspora en Estados Unidos y Europa.[2] Así, permite pensar en configuraciones móviles y relacionales, en las que el lugar del observador resulta determinante para la forma de aprehender las conexiones entre puntos aparentemente dispersos. Esta lectura reticular supera la idea de sistemas literarios nacionales y homogéneos, apostando por una mirada situada y crítica que privilegia la movilidad, la multiplicidad y la desobediencia (cf. Colanzi 2019) como principios heurísticos, así como una lectura rizomática de escrituras que comparten ciertas tensiones temáticas, políticas y formales, sin renunciar a su heterogeneidad. Escrituras como las de Cristina Rivera Garza, María Negroni, Claudia Apablaza, Rita Indiana, Giovanna Rivero, o Lina Meruane, por nombrar solo algunas, nos enseñan que el lenguaje literario puede fracturarse para dar lugar a otras formas de pensar, de narrar, de estar en el mundo. Estas autoras no escriben desde un margen impuesto, sino desde un margen elegido, habitado, reivindicado. Nadie puede decirles dónde están, o dónde pueden o deben estar (Ortega 2007), sino que ellas mismas deciden ocupar su espacio, aún a riesgo de cualquier incomodidad. En su obra, la extranjería no es solo una condición existencial, sino una táctica creativa, una posición crítica. Como ya apuntaba Deleuze en *Critique et clinique* (1993), la propia escritura se puede definir como el ejercicio de una lengua extranjera; por lo que reconocer esta condición inicial supone ya considerarla como método o camino a seguir, como ha desarrollado Clara Obligado en *Una casa lejos de casa. La escritura extranjera* (2020).

[2] En *Constelaciones y redes literarias de escritoras latinoamericanas actuales, entre América y Europa* (2024), el volumen se organizaba geográficamente, a partir de los destinos de los desplazamientos: EE.UU., Europa —en contacto con lenguas extranjeras— y, finalmente, dentro del marco europeo, España —en relación con distintas fricciones, entre las que se destacaba también la lingüística, por la tensión con la supuesta hegemonía de la variante peninsular—. Las escritoras que sirvieron de eje para cada una de las partes fueron Lina Meruane, Ariana Harwicz, Gabriela Wiener y Clara Obligado, bajo el auspicio de Patricia de Souza y la inspiración de Cristina Rivera Garza.

En este sentido, la literatura migrante escrita por mujeres se presenta como un espacio de discusión en el que se entrecruzan los debates sobre identidad, pertenencia, lenguaje, poder, archivo y mercado. A diferencia de las lecturas que han abordado estas escrituras desde categorías como la *integración*, la *asimilación* o el *mestizaje cultural* —cuestionadas ampliamente por teóricas como Ahmed—, el marco que proponemos en este volumen apuesta por mantener la tensión, por no resolver el conflicto, por no traducir del todo. Leer desde la exocrítica implica aceptar lo no traducible, lo inestable, lo que no encaja del todo en el canon ni en la industria editorial (cf. Henseler 2003).

Desde esta perspectiva, resulta fundamental volver a pensar la relación entre lengua y extranjería. Las autoras aquí estudiadas escriben en español en contextos donde esta lengua no es dominante, o donde está atravesada por otras. Esta escritura exófona o en tránsito tensiona la idea de lengua materna, cuestiona las fronteras del monolingüismo, y propone nuevas formas de habitar el idioma. Como ha propuesto Rivera Garza (2018), escribir no desde una lengua, sino entre lenguas, es una forma de resistencia contra la captura identitaria y contra la homogeneización cultural. De ahí que las estéticas migrantes impliquen también una política de la escucha. Una escucha que no presupone comprenderlo todo, que se abre al error, al acento, a la interrupción, a la respiración. Una escucha que no pretende fijar sentido, sino acompañar el movimiento del lenguaje. Esta ética de la lectura se distancia tanto del exotismo como del universalismo: no busca absorber la diferencia, sino mantenerla viva.

En este marco, la exocrítica surge como una intervención necesaria frente a las limitaciones de los marcos institucionales, editoriales y disciplinarios convencionales, para pensar desde las fisuras de la representación y desde los márgenes del archivo oficial. El término, tal como lo proponemos, se inscribe en un diálogo crítico con conceptos como la exofonía (Perloff 2012), la condición postmonolingüe (Yildiz 2012), la revisión de la literatura considerada menor (Deleuze y Guattari 1999), y las propuestas de lectura errante de la crítica decolonial (Quijano 2000, Mignolo 2007). Asimismo, se relaciona con la reflexión sobre formas literarias inestables, afectos en tránsito y subjetividades colectivas que han trabajado pensadoras como Lauren Berlant (2011), en torno al optimismo cruel en proyecciones utópicas migrantes, o la metafórica deuda impagable a la que se refiere Denise Ferreira da Silva (2022).

Así, con Nelly Richard, nos preguntamos, respecto a lo que es percibido como 'Sur' en un contexto en el que los límites (o el *limes*, siguiendo a Westphal (2007)) no solo son poco claros, se hallan desdibujados, y resultan esencialmente porosos: "¿Qué valor de inscripción asignarle a lo 'local' en un paisaje transfronterizo de signos globalizados; un paisaje que ha reemplazado los símbolos fieles del arraigo y la pertenencia por la velocidad mutante de la desterritorialización?" (2009: 24). Y recogemos

la respuesta que ella misma apunta, algo más extensa que la reflexión de la que parte:

> Las prácticas latinoamericanas de intervención artística y cultural se hacen locales en el mapa de lo global, al rescatar las texturas de experiencia histórico-sociales de su *especificidad de contexto(s)*. Pero debe poner atención en los bordes y las fronteras, en lo entrecortado de sus zonas de contacto con el exterior más que en el interior de sus líneas continuas, para que las fuerzas culturales de lo local se diseminen a través de roces y fricciones de superficies en lugar de sustancializarse en la identidad-propiedad del "ser latinoamericano". "Sur" sería aquel vector de *intersección* y *descentramiento* que impide que una localidad (continente, territorio o región; campo o institución) coincida realistamente con los trazos unificadores de su composición de lugar, aunque este lugar se llame "periferia". "Sur" es un lugar *entre*, que exhibe sus marcas de formación latinoamericana y de pertenencia histórico-cultural pero que, al mismo tiempo, genera descalces para que lo bifurcado y lo desviante de sus escenas sublocales se zafen de los relatos de integración plena a una macro-referencia continental. (24-25)

Es por ello que subraya el valor de "lo intersticial", que remite también a ese "entre-medio de la cultura", señalado por Bhabha (Hall y Du Gay 2003, cf. Bhabha 2003), "que rechaza la representación binaria" y cuyo ejercicio "no es ni asimilación ni colaboración" (103), una idea que recuerda también a la del "intervalo" de Rancière (2000), cuando este apunta que "[e]l lugar de un sujeto político es un intervalo o brecha: es estar juntos en la medida que estamos entremedio, esto es, entre nombres, identidades, culturas, etc." (101). Localizaciones intermedias, periférico-intersticiales, en palabras de Richard (2009: 26), a las que acudirán también escritoras y teóricas como Sylvia Molloy en *Vivir entre lenguas* (2016) o Paloma Vidal en *Estar entre. Ensayos de literaturas en tránsito* (2019), así como académicas como Vittoria Borsò, Yasmin Temelli y Karolin Viseneber (2012), quienes manifestarán, precisamente, que:

> Las migraciones conllevan, por tanto, el abandono de concepciones dualistas vinculadas al territorio nacional o al origen. Un enfoque de este tipo permite asimismo hallar la potencialidad del vaivén de las tradiciones culturales en los "entre-lugares": entre lo nacional y lo regional, la ciudad y el campo, entre la oralidad y la escritura, entre las identidades locales y las nacionales o globales, entre el sujeto y los demás o en las diferencias de géneros. La geografía política se enfrenta, por ende, a otras topografías, escritas según las errancias de las migraciones culturales. (15-16)

Ese *vaivén* es considerado también por Gisela Heffes (2012) en su abordaje de una *poética de los (dis)locamientos*, como enuncia su libro ho-

mónimo, como una "fluctuación del estar y el no-estar, del pertenecer y el no-pertenecer" que, sobre todo, abre interrogantes, nuevamente, como: "¿Para quién escribo? ¿Quién me lee? ¿Cuál es mi público? ¿Dónde publico? ¿En qué lengua?". Estas cuestiones, que pueden parecer relativas solo a la circulación literaria, se revelan mucho más profundas y, verdaderamente, turban la quietud y se convierten en gestos subversivos entre fronteras (Heffes y Rivera Garza 2023).

En el contexto actual, estas preguntas y estos gestos resultan relevantes, y se transforman en reivindicaciones políticas, como ya plantearon Judith Butler y Gayatri Spivak, en *Who Sings the Nation-Song?* (2011). Como bien mostraron a partir de la experiencia, supuestamente anodina, de cantar el himno nacional de Estados Unidos en español, esa simple práctica puede adquirir distintos significados para la política, los derechos inalienables y la pertenencia en ese acto público a partir de la vivencia de los inmigrantes indocumentados. Preguntarse quién canta el himno nacional, en qué lengua y en qué circunstancias resignifica ese acto, aparentemente intrascendente, como subversivo y políticamente significativo. El hecho de que un grupo marginado cante una canción de pertenencia en la esfera pública de una nación cuyas leyes actuales no lo acepta es un momento contradictorio que revela una brecha entre la libertad legal y la práctica real de la libertad. Por lo tanto, este mero acto de cantar puede verse como el momento incipiente en la reivindicación de una comunidad. Y lo mismo sucede con el propio hecho de escribir.

Este estado de la cuestión, en desarrollo, multiforme e, incluso, en ocasiones decididamente contradictorio, permite constatar dos movimientos simultáneos: por un lado, la consolidación de un campo de estudio de las escrituras migrantes como objeto legible para la academia global; por otro, la proliferación de escrituras que desbordan, resisten o problematizan ese campo, y que demandan otros modos de lectura. Nuestro volumen se sitúa en este segundo movimiento: no busca encapsular la literatura migrante dentro de una categoría más, sino pensarla como una práctica crítica en sí misma, como una forma de intervención sobre el archivo, el canon y la lengua.

Circuitos editoriales, mediación y políticas del archivo migrante

Una lectura crítica de la literatura migrante escrita por mujeres latinoamericanas en el Norte Global no puede soslayar el papel de los circuitos de publicación, distribución y legitimación que habilitan o restringen su visibilidad. La extranjería no se manifiesta únicamente en los textos, sino también en sus trayectorias materiales: dónde se publican, quiénes los editan, cómo se distribuyen, qué lenguas o variantes normativas se privilegian, qué formas de circulación —institucional, académica, digital, oral,

íntima— acompañan su despliegue. Así, la condición de extranjería debe entenderse también como una forma de ubicación estructural en el campo cultural. En este sentido, las poéticas migrantes tensionan los regímenes de archivo y las políticas editoriales dominantes. Muchas autoras migrantes latinoamericanas producen desde la periferia del sistema editorial transnacional: autopublican, editan en sellos alternativos, circulan por redes feministas, disidentes o comunitarias, o publican en países donde no residen ni con cuya cultura literaria están plenamente identificadas. Esa circulación no hegemónica no responde a una lógica de exclusión pasiva, sino que muchas veces obedece a decisiones conscientes de autonomía, desplazamiento y experimentación.

Algunas iniciativas recientes ilustran estas tensiones y aperturas. Así, por ejemplo, la editorial Sonora, que publica a autores latinoamericanos en Budapest y, especialmente, a escritoras, se ha convertido en un espacio fundamental para la producción poética y crítica desde una mirada migrante, feminista y situada. A través de un catálogo plural, esta editorial ha ofrecido un canal de expresión a voces que operan fuera del radar de las grandes editoriales comerciales, y ha articulado una red de lectoras, autoras y traductoras que producen saberes desde la periferia de la periferia. Este tipo de proyectos problematiza la idea de *centro* y *margen*, mostrando que la extranjería no es siempre una condición de subordinación, sino también de invención. Aunque pueden citarse otros muchos ejemplos, como los de Sudaquia o Literal, en Estados Unidos —analizados en estas páginas—, o, de vuelta a Europa, los de la editorial Sinno en Italia —sobre la que también se enfoca en este volumen—, o ediciones L'Oreille du Loup en Francia, o también el proyecto editorial Equidistancias, desde donde se ha apostado por la traducción y publicación de poesía latinoamericana migrante, mientras que, por poner solo un ejemplo más, en Alemania, la revista *Alba* ha operado como plataforma de difusión para autores y autoras latinoamericanos residentes en Berlín y otras ciudades europeas. En España, pueden citarse también otras editoriales que han publicado a autoras migrantes residentes en Europa, ofreciendo espacios de publicación y visibilidad que no necesariamente siguen los modelos normativos del mercado literario global, como Demipage y Candaya, entre otras, no solo independientes, sino también transnacionales, como Random House, que han mantenido una política activa de publicación de voces disidentes y migrantes, combinando obras de autoras establecidas con otras emergentes y en tránsito, desde un enfoque de curaduría editorial comprometida. Por otro lado, proyectos como Sudakasa o Plataforma 0, también desde España, han impulsado una serie de encuentros, antologías y publicaciones digitales que visibilizan las escrituras migrantes desde una óptica política y colaborativa, integrando performance, lectura pública y activismo. Estas prácticas editoriales y comunales no solo habilitan nuevas formas de circulación textual, sino que instituyen formas alternativas de legitimidad y pertenencia.

En las redes de escritoras radicadas en ciudades como Barcelona, París, Berlín o Nueva York —muchas de ellas presentes en este volumen— se constata una proliferación de iniciativas: clubes de lectura multilingües, festivales como KM Amèrica (Barcelona), Barrio/Bairro (Berlín) o Voix Vives (Sète), talleres de escritura *queer* migrante, redes de microeditoriales digitales o impresas bajo demanda. Estas plataformas no se rigen en primera instancia por criterios de mercado, sino por afinidades afectivas, políticas y estéticas que dan lugar a una constelación dinámica, fluida, rizomática.

En este contexto, los circuitos de legitimación académica también deben ser revisados críticamente. La incorporación de estas autoras a los programas universitarios, a los centros de investigación y a las redes de publicación científica no está exenta de tensiones. Con frecuencia, su inclusión depende de marcos como la *literatura poscolonial* o la *literatura de la diáspora*, categorías que —si bien útiles— pueden actuar como etiquetas reductoras o codificadoras. Frente a ello, la exocrítica propone una aproximación más porosa, que privilegia los desplazamientos conceptuales por sobre la categorización disciplinaria.

Asimismo, es también necesario repensar el lugar del archivo, y también del canon, no como algo monolítico sino en marcha, en constante transformación. ¿Qué formas de escritura quedan dentro y fuera del archivo literario en lengua española? ¿Cómo se archiva una voz migrante que escribe desde la inestabilidad? ¿Qué cuerpos, acentos y memorias son archivables, y cuáles se descartan como anecdóticos o irrelevantes? Estas preguntas invitan a ampliar nuestra comprensión del archivo como un espacio conflictivo, en disputa, en el que se juegan dinámicas de poder, visibilidad y pertenencia. En este sentido, resulta urgente articular una crítica al extractivismo cultural, entendido como la práctica de apropiarse de las voces migrantes para reforzar marcos institucionales, agendas editoriales o estrategias de inclusión superficial. Las escritoras aquí estudiadas no escriben para representar una identidad fija, sino para desestabilizarla. Su literatura no busca *dar voz* a nadie, de forma paternalista, sino mostrar la opacidad, la multiplicidad, la tensión del habla en situación de desplazamiento.

La mediación crítica, editorial y académica debe, por tanto, atender a estas complejidades. Se trata de leer sin traducir del todo, de acompañar sin asimilar, de archivar sin clausurar. Se trata, en definitiva, de imaginar otras formas de hospitalidad crítica, que no domestiquen la extranjería, sino que se dejen habitar por ella.

Por todo ello, desde estas páginas se propone seguir abriendo nuevas perspectivas teóricas que aborden la extranjería no solo como movimiento entre territorios, sino como dislocación epistémica, afectiva y estética. Se propone pensar el archivo desde sus márgenes: qué materiales quedan fuera, qué escrituras no entran en las taxonomías académicas, qué gestos

se resisten a ser codificados. Desde esa inquietud, la crítica se vuelve también migrante: cambia de lugar, pierde certezas, escucha lo que no encaja. A esa errancia crítica se abren las páginas que siguen.

***

Este volumen está dividido en cuatro partes, que llevan por título "Miradas disidentes ante la condición extranjera", "Nuevas perspectivas: activismo contra extractivismo", "Casas lejos de casa" y "Circuitos entre lenguas", en las que se abordan distintos enfoques en los que cada colaborador ha ido desarrollando sus propuestas.

En el primero ("Miradas disidentes ante la condición extranjera"), se sugiere una lectura de la extranjería no como carencia ni como tránsito hacia una integración deseable, sino como punto de partida epistemológico, político y estético. Las autoras migrantes —latinoamericanas, desplazadas, supuestamente periféricas— no solo escriben *desde* la extranjería, sino *contra* las formas en que esta ha sido representada: como subordinación, como exotismo, como diferencia folklorizada. La disidencia se encarna aquí en escrituras que perturban los géneros, las lenguas, los cuerpos narrativos y los circuitos del canon. Rechazan la domesticación del yo migrante y articulan otras formas de habitar el lenguaje, donde lo impuro, lo menor y lo no traducible adquieren potencia crítica. Estas miradas no buscan el centro, lo desorganizan; no piden pertenecer, desordenan la pertenencia. Son prácticas de-constructivas desde espacios donde reescribir el mundo sin pedir permiso.

Así, en "*Hecho en Saturno* de Rita Indiana. Un asunto curatorial" de Juan D. Cid Hidalgo y Mariela Fuentes Leal, se analiza esta novela, de 2019, desde una perspectiva estética y curatorial, distanciándose de los enfoques tradicionales sobre la migración basados en el desarraigo geográfico o la identidad nacional. Los autores proponen que la obra desplaza el foco hacia una *migración estética*, articulada mediante la saturación icónica y la incorporación de elementos de la cultura pop, el *kitsch* y las artes visuales, lo que refleja un posicionamiento crítico frente a las utopías políticas latinoamericanas. A través del protagonista, Argenis Luna —un joven pintor dominicano en rehabilitación en La Habana— la novela construye una narrativa de tránsito e inestabilidad, donde lo marginal y lo residual adquieren valor estético y simbólico.

La propuesta de Indiana subvierte la tradición del migrante nostálgico o del exiliado militante, reivindicando en cambio un nomadismo sin raíces fijas, cercano a la *ciudadanía elástica* o *radicante* de Bourriaud, donde el hogar no es un lugar sino una red de estímulos culturales significativos. En esta línea, el capítulo introduce el concepto de *curaduría narrativa*, entendida como el montaje consciente de archivos artísticos —musicales, visuales, literarios— que constituyen la subjetividad del protagonista y estructu-